

Los Afanes Apropiativos en O'Neill, Ibsen y Usigli, (Subjetividad, literatura y lucha social)

Enrique González Rojo Arthur

Un lugar común en la cultura es la afirmación de que las mujeres y los hombres estamos enajenados. Esta enajenación, este hallarse fuera de sí, no debe interpretarse como una caída, como la pérdida de una esencia primigenia inmolada en y por el vulgar proceso existencial de los individuos. Esta idea de la alienación, de carácter religioso, roussoniano y jusnaturalista, no me parece convincente y la dejo de lado. Pienso, por lo contrario, que las mujeres y los hombres estamos enajenados porque no somos, ni lo hemos sido nunca, lo que, en determinadas circunstancias y con el concurso de un plexo de prácticas pertinente, podríamos ser. Hablar de que los seres humanos transitaron de un estado original en que se encontraban desenajenados o, lo que tanto vale, que vivieron una etapa o una edad de oro en que estaban en plena armonía su esencia y su existencia, y sugerir, a partir de ello, que la siguiente fase histórica es la de su desenajenación o de retorno en cierto sentido al punto de partida, me parece, con su triplicidad metafísica, engañoso y desorientador. Mi opinión va, por contra, en el sentido de que las mujeres y los hombres no partimos históricamente de un estado desenajenado paradisíaco, que, por la razón que sea, hemos extraviado, y que ahora buscamos para reencontrarnos con nuestra naturaleza desvirtuada. Yo creo que siempre hemos estado enajenados y que la desenajenación es un proyecto, no una vuelta al pasado para redimirnos del presente, sino un luchar porque en el futuro las mujeres y los hombres logremos ser al fin lo que podemos ser.

La clave de la desenajenación no es, entonces, la caída sino la falta o ausencia. Los humanos en general –y por ahora no hablo de las diferencias de clase- podemos tener muchas cosas y de muy diferente índole, pero hay algo, y algo verdaderamente sustancial, que siempre se nos escapa de las manos y corre a ubicarse en el más allá del ideal desdeñoso o la utopía inalcanzable: aludo a lo que se ha llamado *la humanización del hombre* o simplemente su emancipación social. Para hacernos de cierta idea de lo que podría ser esta desenajenación,

conviene hacer referencia al concepto dialéctico de la libertad. Desde Spinoza, y también en Hegel y Marx, se maneja la idea de que la libertad es *el conocimiento de la necesidad*, conocimiento que permite actuar sin las restricciones apabullantes o los impedimentos definitivos de la ignorancia. La necesidad de que se habla aquí no sólo alude a las leyes naturales, sino también a las sociales (económicas, políticas, culturales, etc.). Las mujeres y los hombres gozan del grado de libertad que tienen en una etapa determinada de la historia, ya que conocen el acaecer regular de ciertos fenómenos naturales y siguen su práctica transformadora a los datos derivados de dicha cognición. Y lo mismo hay que decir en relación con las leyes sociales: los individuos adquieren un nivel determinado de libertad en la medida en que logran aprehender el *modus operandi* de la necesidad social y adaptar a este conocimiento su práctica cotidiana. Si aplicamos esta idea de la libertad en un sentido radical y a la sociedad en su conjunto, nos arroja el resultado de que los seres humanos (de hoy y de siempre) lejos de ser libres, somos juguetes de la necesidad. Y lo somos porque no hemos podido conquistar el conocimiento (de las leyes socio-económicas) indispensable para llevar a cabo una práctica revolucionaria que nos haga salir de un régimen donde la necesidad continúa dominando nuestra vida.

Volvamos al problema de la enajenación. La humanidad está enajenada porque no es libre. Y no es libre porque, aunque no deja de conocer ciertos aspectos de la necesidad social, no ha podido hacer suyo cognoscitivamente el núcleo central de esta necesidad ni le ha sido dable, por ende, desenajenarse o, colmando la falta que lo define, llegar a ser lo que puede ser.

Veamos otro aspecto de la enajenación. La raza humana se halla alienada porque priva en ella la desigualdad social. Las dicotomías: capital/trabajo, saber/ignorancia, gobernantes/gobernados, entre otras, hablan de esta deshumanización del hombre que caracteriza a los individuos carentes de libertad. Es importante subrayar que la enajenación comprende a los dos polos de cada dicotomía donde campea la desigualdad. Es cierto que la desenajenación es más dolorosa, insufrible y desgarradora en las víctimas de la desigualdad – el trabajo, la ignorancia, los gobernados-, pero no deja de hacer acto de presencia en los beneficiarios de la misma. Hay, entonces, dos clases de enajenación: la enajenación de los opresores y la

enajenación de los oprimidos. La enajenación de estos últimos es fácilmente perceptible: se trata de la condición social específica que los arroja al sojuzgamiento, y la desenajenación de ellos, de ser posible, consistiría en la desaparición –desaparición que no podría realizarse sino mediante un proceso- de la situación engendradora de la desigualdad. La enajenación de los opresores –velada por sus privilegios- responde a diferente causa, es producto que emana precisamente, por paradójico que parezca, de la índole particular de sus privilegios. ¿Qué sentido tiene esta afirmación? El siguiente: los enajenados opresores se hallan fuera de sí o, lo que es igual, encarnan un divorcio entre su esencia (lo que podrían ser) y su existencia (lo que son) *ya que son víctimas de sus intereses*. Son individuos que en general no piensan y actúan libremente, sino que lo hacen de acuerdo con la imperiosa defensa de los privilegios de que gozan. Su desenajenación, si pudiera realizarse, sería en extremo conflictiva, puesto que para acceder a ella, y llegar a ser lo que podrían ser, tendrían que prescindir de sus privilegios. Su humanización dependería del abandono de los intereses fincados en su ventajosa posición social. La mera demostración del carácter diferencial de la enajenación de los oprimidos y de la enajenación de los opresores, nos hace evidente por qué, en fin de cuentas, unos son más favorables al cambio social (porque, con él, no van a perder sino sus cadenas), mientras los otros se oponen tajantemente al mismo (ya que, en tal circunstancia, aunque se desenajenaran y se constituyesen en seres humanos, ello sería al precio –para la mayor parte de ellos inaceptable- de perder sus privilegios).

Al arribar a este sitio, hay la necesidad de interrogarnos: ¿cuál es, por consiguiente, el origen de la enajenación? Y la respuesta no es difícil de encontrar: el origen de la enajenación –tanto de los oprimidos como de los opresores- es la *propiedad*.

La propiedad privada tiene dos aspectos: uno objetivo (lo que se posee) y otro subjetivo (el poseedor). La cara exterior de la propiedad hace alusión al tipo de objetos que se poseen: la tierra respecto al terrateniente, la información cultural respecto al conocedor, el conjunto de hombres dominados respecto al gobernante. La propiedad como objeto es la responsable inmediata de la desigualdad: mientras los terratenientes poseen una tierra los otros están privados de ella, etc.

En una incursión que hice, tiempo ha, en la psicología profunda, creí advertir que, entre los impulsos psíquicos inconscientes (o pulsiones) –en el mismo nivel de importancia por lo menos que la libido- se hallaba un afán de adueñamiento al que di el nombre de *pulsión apropiativa*. Los individuos, por así decirlo, no se conforman con lo que son y con lo que tienen. Siempre hay una carencia o una falta, con la cual se halla imbricado un deseo, un apetito –en general nunca satisfecho- de completad. Analizando esta pulsión apropiativa, caí en cuenta de que se manifiesta en tres modalidades principales: la *cosística*, la *eidética* y la *antrópica*.

La primera, que ya se puede apreciar en el o la bebé, es la tendencia a adueñarse de ciertos objetos o cosas y, de ser posible, sentir el yo fortalecido por la posesión de algo que, aunque esté fuera de mí, pasa a formar parte de lo “mío” destinado a engrandecerme. Generalizando el fenómeno, se puede afirmar que este impulso a la posesión es el secreto para entender en parte el afán de riqueza que embarga a muchos individuos, el ansia de poseer bienes de consumo (de primera necesidad o de lujo) y el deseo de detentar medios de producción o capitales (industriales, comerciales, financieros, etc.). Hay que tomar en cuenta que si esta pulsión de adueñamiento se realiza en algunos casos y en otros no o, lo que es igual, que unos pueden hacerse de medios de producción y otros, que son por cierto la mayoría, aunque querrían hacerlo, se ven imposibilitados para conseguirlo, ello trae como consecuencia la desigualdad social entre los poseedores y los desposeídos. Y ya desde ahora es necesario aclarar que, como se advierte en las frases precedentes, aunque la pulsión apropiativa conlleva la tendencia, el deseo o el afán de poseer, no implica ni con mucho la garantía de llevarlo a cabo. En la realización de la pulsión mencionada interviene necesariamente otro factor: las condiciones socio-económicas posibilitantes y, por ende, la conformación histórica de las circunstancias.

La pulsión apropiativa eidética cambia el objeto perseguido por el empeño posesivo: ya no son cosas (satisfactores, joyas, tierra, etc.) sino *ideas*. Así como hay en algunos una “búsqueda de la riqueza”, en otros hay una “búsqueda de la erudición”. Unos van en pos de una buena posición económica y, de conseguirlo, se diferencian de los pobres, los parias y los menesterosos, otros luchan por obtener conocimientos y títulos universitarios y, de conquistarlo, se distinguen

de los ignorantes o de los que poseen conocimientos rudimentarios y fácilmente adquiribles. Igualmente que en el caso anterior, la pulsión apropiativa eidética, aunque aparece, en diferentes grados, en todas las mujeres y hombres, no lleva *en sí misma* la garantía de su realización. Para que pueda tener lugar, habrá de venir en su auxilio, como en el caso anterior, las condiciones históricas y sociales posibilitantes. ¡Cuántos individuos, en efecto, querrían tener una carrera universitaria o una cultura general y las condiciones de pobreza en que viven o el trabajo cotidiano que realizan para ganarse el pan les impiden la obtención de su deseo! Así como el origen de la contradicción capital/trabajo puede rastrearse en parte en la existencia de la pulsión apropiativa cosística, el origen de la contradicción trabajo intelectual/trabajo manual puede vislumbrarse parcialmente en la pulsión apropiativa eidética¹.

La pulsión apropiativa antrópica se dirige ya no a las cosas o a las ideas sino a las *personas*. La forma histórica en que este afán se realizó de la manera más pura fue la esclavitud. Ciertos hombres y mujeres se adueñaban de otros y otras –porque las condiciones históricas lo propiciaban- y ejercían en ellos y ellas el *jus utendi et abutendi*. En la pulsión apropiativa antrópica hallamos la explicación parcial del problema del poder. Este último, en cualquiera de sus manifestaciones, no sólo es producto de ciertas condiciones históricas (económicas, sociales, familiares, políticas, etc.) sino de un afán posesivo que se ejerce sobre individuos, grupos y sociedades completas. Uno de los problemas que desvirtúan una buena relación de pareja es esta pulsión apropiativa, de carácter antrópica, que un miembro de la pareja o los dos practica o desea practicar. La misma pulsión aparece en los padres que creen que sus hijos les pertenecen y que han de desarrollar sus vidas como a aquéllos les parece. En las iglesias, los partidos, los sindicatos y prácticamente en todas las organizaciones jerarquizadas y verticalistas hace acto de presencia esta posesividad de unos individuos respecto a otros. El Estado, finalmente, no sólo es la administración pública que, con una autonomía relativa, expresa los intereses globales del capital, sino un ámbito donde se produce y reproduce constantemente la pulsión de que hablo.

¹ Y en esta antítesis apropiativo-intelectual aparece el núcleo generador del concepto de clase intelectual y de clase política (que no es otra cosa que aquel sector de la clase intelectual que se dedica a la cuestión pública).

Casi siempre la literatura se anticipa y prefigura lo que, a veces con mucha dificultad, descubre la reflexión teórica. Arthur Schnitzler, para poner un ejemplo citado también por Sigmund Freud, mostró en sus novelas algunos de los principios básicos de la psicología profunda (metapsicológica) con anterioridad a las lucubraciones del doctor vienés. Lo mismo puede afirmarse de la pulsión apropiativa. Innumerables poemas, novelas, obras de teatro, películas tratan de este tema y ponen de relieve la incuestionable importancia que tiene en la vida de las personas. ¿A qué atribuir esta prefiguración de lo teórico (científico, ideológico, filosófico) en lo literario? Pienso que se debe al hecho de que la referencia objetiva de la tesis o la teoría que va a resultar de una práctica intelectual, se hallaba presente de manera espontánea en la existencia de los individuos, lo cual empujaba a los escritores a re-presentarla como un ingrediente relevante de su producción. Aún más. Con frecuencia la reflexión teórica nace del estudio audaz y concienzudo de un lugar común. Los lugares comunes son manidos y poco originales, porque son abrevaderos a los que acude todo mundo. En ellos se sintetiza un problema, un conflicto, un modo de ser y son así, de algún modo, indicadores de algo existente e intenso, mas no teorizado. Si son vistos por el sentido común nada importante acaece ni nada significativo se dilucida; pero si son la materia prima de una práctica científica, seguramente arrojarán conocimientos de valía indiscutible. Gaston Bachelard escribió: “Fue para nosotros cada vez más evidente, en el curso de nuestros estudios, que el espíritu científico contemporáneo no podía estar en continuidad con el simple buen sentido, que este nuevo espíritu representaba un juego más arriesgado, que formulaba tesis que pueden, a primera vista, chocar al sentido común. Creemos, en efecto, que el progreso científico manifiesta siempre una ruptura, permanentes rupturas, entre conocimiento común y conocimiento científico, cuando se aborda una ciencia evolucionada, una ciencia que, por el hecho mismo de esas rupturas, lleva la marca de la modernidad”². La importancia de la libido era evidente desde tiempos inmemoriales, la influencia de la sexualidad era y sigue siendo un lugar común; pero sólo cuando Freud analizó su etiología y sus efectos conductuales se empezó a esclarecer un amplísimo campo del conocimiento humano. Algo semejante ocurre con la posesividad (y el deseo que la convierte en

² Gaston Bachelard, *Le Rationalisme appliqué*, P. U. F., París, 1949, p. 106.

afán): es algo archisabido desde siempre, algo que no deja de hacer acto de presencia en la vida cotidiana de los individuos y que deviene, como en el caso anterior y en otros muchos, un lugar común que aparece y reaparece en la existencia de mujeres y hombres y, desde luego, en la literatura, donde, en ocasiones, recibe un tratamiento que prefigura el minucioso e imaginativo análisis de la práctica científica.

La pulsión apropiativa ha sido tratada en innumerables ocasiones por la novela, el teatro, la poesía y el cinematógrafo. Creo interesante, como lo hago a continuación, mostrar cada una de sus variedades –la cosística, la eidética y la antrópica- en tres obras excepcionales de la dramaturgia universal: me refiero a *El deseo bajo los olmos* de Eugene O'Neill, *Un enemigo del pueblo* de Henrik Ibsen y *El gesticulador* de Rodolfo Usigli. Las tres obras, a pesar de sus muchas y muy significativas diferencias, tienen algo en común: la acusada presencia de la pulsión apropiativa. Esta última resulta tan evidente que, en sus respectivos *Dramatis Personae*, podría asentarse que hay un personaje invisible e innominado que no pocas veces se roba la escena: el afán de posesión *cosística* en la primera, de posesión *eidética* en la segunda y de posesión *antrópica* en la tercera.

PRIMERA PARTE

En la obra de O'Neill de 1923, que es un drama en tres partes, Ephraim Cabot, granjero terrateniente, tiene tres hijos: dos, Simeón y Peter, de un primer matrimonio, y el tercero, Eben, de un segundo. Todos quieren la tierra que pertenece a Cabot, y éste no quiere soltarla a nadie. La tierra es uno de los objetos más preciados por la pulsión apropiativa, en su variedad cosística. Esta última puede dividirse en mobiliaria e inmobiliaria. La diferencia física entre un bien y otro –la susceptibilidad de traslado en la primera forma y el necesario arraigo en la segunda- no cambia en nada el deseo de posesión.

Ninguno de los hijos tiene aprecio por el padre, ya que no les ha manifestado nunca el más mínimo afecto y lo único que espera de ellos es que trabajen su finca. Peter dice por ejemplo: “Creo que podríamos hacer que el tribunal le declarase loco”³. Y Eben llega a afirmar: “Rezo porque haya muerto”⁴. ¿Por qué lo odian? Porque todos quieren la tierra de Cabot y éste -ya lo dije- no quiere soltarla a nadie. Según Eben, el menor de los hermanos, la granja había sido de su madre y Cabot se la había robado⁵. Basado en esta convicción, cuando los dos hermanos mayores aducen que ellos son dueños de las dos terceras partes de la granja, Eben declara: “¡Vosotros no teneis derecho! ¡Ella no era vuestra madre! ¡La granja era de ella! ¿No se la robó él, acaso? Mamá ha muerto y la granja es mía”⁶.

Cabot, por otro lado, no quiere hacer un testamento ni heredar a nadie. Por absurdo que parezca, testar le parece “perder” en algún sentido su entrañable posesión. La convicción de que todos vamos a morir y de que no nos podemos llevar a ultratumba nuestras

³ Eugene O'Neill, Teatro Escogido, “Deseo bajo los olmos”, Aguilar, Madrid, 1958, p. 795.

⁴ Ibid., p. 795.

⁵ El robo, como se comprende, es otra manifestación de la pulsión apropiativa: es la violencia que hace un afán de posesión a otro.

⁶ Ibid., p. 801.

pertenencias, parece mellarle un tanto su afán posesivo, pero se promete vivir el mayor tiempo posible para que su tierra no pase a otras manos. A Simeón le espeta: “Pero que no se te ocurra la estúpida idea de que estoy muerto. ¡He jurado vivir cien años, y lo haré aunque sólo sea para fastidiar a tu pecadora codicia”⁷.

Es interesante poner de relieve que en este “drama de la posesión”, como le llama Leon Mirlas⁸, todos los personajes de la obra son presa de la avidez de dominio territorial. Las pulsiones –decían G. Deleuze y F. Guattari- son “máquinas deseantes”⁹. Todos, en efecto, llevan consigo una pulsión apropiativa o, lo que tanto vale, un *deseo* –generado en el inconsciente- de apropiación territorial. Pero no todos pueden realizar esta ansia o este impulso. La manera en que O’Neill presenta este conflicto en su obra es un condensado de lo que ocurre en términos generales en la sociedad. Aquí podemos hacer una disección entre la subjetividad (y lo que acaece en ella) y la objetividad (y lo que, respondiendo a las leyes socioeconómicas y culturales, se despliega frente a los individuos). Los obreros y los capitalistas tienen por igual una pulsión deseante cosística, pero, debido a razones históricas, sociales y objetivas, mientras los capitalistas pueden acceder a la propiedad –por ejemplo mediante la herencia- los obreros están imposibilitados en general para llevar a cabo tal cosa. La causa fundamental del “acto de posesionamiento” de un bien material, no reside en la pulsión apropiativa en cuanto tal, sino en la realidad social que permite que el ansia de adueñamiento cosístico de algunos pueda tener lugar. Esto mismo es lo que está llevando a escena O’Neill: el deseo de la granja es común al conjunto de personas del drama, pero no todos pueden hacerse de ella. Simeon y Peter, por más que anhelan, como su hermano menor, poseer la granja, están convencidos de que su padre no los complacerá nunca. Y más cuando se enteran de que su progenitor “se ha enredado con una hembra de unos treinta y cinco años... y guapa, a lo que dicen...”¹⁰, como declara Eben. Cuando Cabot se casa con Abbie Putnam, la mujer aludida por Eben, todos sienten peligrar su herencia. Los hermanos mayores piensan muy en serio irse a California en busca de oro. Y se muestran muy satisfechos cuando Eben –que ha

⁷ Ibid., p. 804.

⁸ El traductor y prologuista de la edición de obras de teatro de O’Neill que comento.

⁹ *El anti-Edipo, Capitalismo y Esquizofrenia*, Paidós, Barcelona, 1985, p. 41.

¹⁰ Ibid., p.810.

sacado de su escondrijo un dinero que supuestamente era de su padre pero que pertenecía en realidad a su madre- les ofrece 300 dólares a cada uno a cambio de los dos tercios de la finca que les corresponde como legítimos herederos. Ellos aceptan sin chistar y están dispuestos a emprender el viaje a California, cuando llega su padre –que se hallaba ausente- al lado de su tercera esposa: Abbie Putnam. Como es de preverse, Abbie se ha casado con el viejo granjero por interés, no por amor. En un momento dado, y en una situación a la que me referiré más tarde, ella lo reconoce cínicamente. La mujer le dice a Eben, en efecto: “Supongamos que yo necesite una casa... ¿Y qué? ¿Por qué otro motivo me habría podido casar yo con un viejo como él”¹¹. Aunque Cabot se ha casado con Abbie, atraído por su belleza y su amor fingido, no está dispuesto a heredarle sus posesiones; llega incluso a decir que prefiere dejar su tierra a Eben, porque éste, pese a todo, es de su sangre. El afán posesivo realizado, o sea la posesión, lleva frecuentemente al poseedor, al tropezar con la idea del arribo inexorable de la muerte, al deseo de transmitir sus propiedades a alguien que conserve algo de sí mismo: la sangre, la genética, el apellido. Pero Abbie no se cruza de brazos ni de piernas, y llega a la convicción de que existe una manera ideal para que ella pueda quedarse con todo: tener un hijo con Eben y atribuírselo a Cabot, su marido. Un poco antes de esta decisión de su ambiciosa mujer, Cabot, en un elocuente monólogo, afirma, apesadumbrado, que ni la madre de Simeon y Peter, ni la de Eben, ni tampoco ahora Abbie lo han evaluado y comprendido. Pero cuando esta última le comunica que va a rezar para que el cielo les proporcione a ambos un hijo, él cambia de parecer y se siente como nunca enamorado y próximo a su cónyuge. Este es el momento en que Abbie tiene en su esposo más influencia que nunca. Se puede decir que lo posee, lo moldea en sus manos, lo ablanda. Lo que he llamado la pulsión apropiativa *antrópica* en muchos casos es un lazo que tiende la libido hacia el objeto. La atracción sexual que Cabot sintió por Abbie, le dio la oportunidad a ésta para *empezar* a adueñarse de la voluntad del terrateniente acomodado. La célula del poder (que se incubaba en el deseo de apoderarse ya no de cosas sino de personas) se rebela en las más simples relaciones interpersonales, como es la relación de pareja. Pero en el caso de Abbie, como en otros, su posesión *antrópica* quiere ir más allá de la persona y hasta se puede asentar que opera como un

¹¹ Ibid., p. 839.

medio para obtener distinto fin: quiere poseer las posesiones de Cabot (la casa y la granja), para lo cual es preciso, por otro lado, poseer también a Eben (a quien desea) con la intención de tener el hijo indispensable para transformarlo todo.

Y viene la seducción. Aunque Eben se siente cada vez más atraído por su madrastra, la rechaza dos veces. Intuye el juego que ella se trae entre manos. Pero Abbie insiste, y su insistencia acaba por triunfar. La mujer, en una ocasión en que Cabot se va a dormir al establo –donde se siente tranquilo rodeado de sus queridas vacas-cita a Eben en el cuarto en que velaron a la madre de éste y que siempre está clausurado. Arguyendo que la madre muerta está de su parte –y hasta fingiendo identificarse con ella- Abbie lo seduce finalmente. Las alusiones al amor maternal le resultan de extrema efectividad. Pero, en cierto momento, dice a Eben que es necesario ir más lejos: a la lujuria. Todo esto desarma al joven, el cual acaba por decir que la ama, que siempre la ha amado.

Todo mundo –como lo evidencia una fiesta organizada por Cabot para celebrar el nacimiento de su hijo- sospecha que ese bebé no es de Cabot (que tiene 76 años en ese momento) sino del joven vigoroso y jovial que es Eben.

Junto a la cuna -y separados de todos- Abbie le dice a Eben que el niño es su viva imagen. Pero el joven, en lugar con recibir con placer el comentario, exclama, frunciendo el ceño: “Esto no me gusta. No me gusta que lo mío sea suyo”¹². Reacción típica de alguien que siente su pulsión apropiativa violentada, o que, a pesar de las circunstancias, se siente víctima de un despojo.

En discusión con Eben, Cabot lo empieza a inquietar con una serie de frases que lo llevan a dudar de Abbie y a sumirse en la perplejidad y la angustia. Le dice: “La granja también será de ella... de Abbie...; tú no la podrás embaucar... conoce tus tretas”¹³. Y también: “Ella dijo: ‘quiero que desheredes a Eben para que la granja sea mía cuando mueras’”¹⁴.

Después de escuchar a su padre y meditar en lo que ha dicho, Eben se enfurece: “De modo que ese ha sido el rastrero juego de Abbie...

¹² Ibid., p. 886.

¹³ Ibid., p. 890.

¹⁴ Ibid., p. 890.

siempre..., como lo sospeché desde el primer momento...¡Devorarlo todo! ¡Y devorarme a mí también!”¹⁵.

Eben siente el irrefrenable impulso de matar a Abbie. Cabot, conociendo su intento, se interpone e inician una lucha desigual en la que se impone la mayor fuerza física del viejo. En ese momento llega Abbie y salva a Eben, al que Cabot al parecer está a punto de estragular.

Abbie reafirma, exaltada, su amor por Eben. Pretende convencerlo, borrar las nubes que se insinúan en su frente. Pero éste le dice: “¡Me has engañado... como a un imbécil..., deliberadamente! Has hecho siempre tu juego rastrero y vil..., ¡Acostándote conmigo para tener un hijo que el creyera suyo y haciéndole prometer que te daría la granja y que yo comería polvo, con tal de que le dieras un hijo”¹⁶.

A partir de aquí, hay que subrayar un hecho, un nuevo enfoque, un desplazamiento, que poco a poco va a adquirir mayor peso y relevancia. Aunque el telón de fondo del conflicto entre el padre, la esposa y el hijo sigue siendo la posesión de la granja, los tres personajes son presas de la pasión amorosa y esta última, no sólo es una exaltación de la libido hasta muy altos niveles, sino el recrudecimiento del deseo que está en la base de la pulsión apropiativa intencionalmente dirigida hacia las personas. Todos quieren la tierra; pero la pasión que sienten unos por otros (Cabot por Abbie, Abbie por Eben y Eben por Abbie- empieza a distorsionar una conducta que al principio sólo estaba regida por el afán de posesión cosística.

Abbie, llevada por la pasión que siente por el hijo del viejo, quiere borrar en él la impresión que le han causado las palabras del padre. Por eso le arguye que las expresiones usadas por Cabot eran, sí, de ella, que eso no lo podía negar; pero que tuvieron lugar “antes de que hiciéramos nada”¹⁷, con lo cual está mostrando cómo la pasión amorosa y su ansia de poseer y ser poseída se fue engendrando al calor de una relación carnal que culminaría en el embarazo y que generaría la siguiente situación dramática: desesperada y confundida

¹⁵ Ibid., p. 891.

¹⁶ Ibid., p. 893.

¹⁷ Ibid., p. 894.

por el alejamiento de Eben, Abbie se imagina que el origen fundamental del conflicto es nada menos que el bebé recién nacido: “Si eso es lo que ha conseguido su nacimiento..., matar tu amor... ¡entonces lo odio también, aunque sea su madre!”¹⁸. La pulsión apropiativa cosística, como dije, pasa de pronto a segundo plano y la antrópica (pasión ciega) aparece ahora como “el deseo bajo los olmos” de la granja de Cabot.

Eben, después de oír a Abbie, piensa que su amante no puede odiar a su hijo; pero no debido al afecto natural que una madre siente por su vástago, sino porque el bebé es para ella un *medio* para convertirse en heredera. Por eso el joven le espeta, furioso: “¡Mientes! ¡Le amas! ¡El te conseguirá la granja!”¹⁹. Resulta elocuente el hecho de que, no sólo desde fuera, como espectadores o lectores, nos es dable advertir el rol que juega la pulsión apropiativa territorial en la conducta de los personajes, sino que ellos mismos –como en el caso de Eben respecto a Abbie- ven o creen ver el afán posesivo como el motor principal de la actuación de los otros.

Pero ella está verdaderamente enamorada y, acicateada por este sentimiento, se propone demostrarle a su amante que su amor por él y, por consiguiente, el odio por un hijo que los separa, son reales. La frase de ella: “¡Quizá yo pueda destruir algo hecho por Dios!”²⁰ flota, a partir de ahora, como una amenaza en el ambiente.

Abbie mata en efecto a su hijo, y se lo dice a Eben, el cual al principio no entiende de qué le está hablando su amante; pero ella insiste: “Le..., le maté, Eben”²¹. Él se imagina entonces que a quien ha privado de la vida ha sido a Cabot y siente un cierto contento por ello. Pero finalmente adivina, tan furioso como apesadumbrado, que a quien ha suprimido esa mujer es al hijo de ambos. Ella entra, incluso, en detalles: “Dejé la almohada sobre su carita. Así, él mismo se mató. Dejó de respirar”²².

¹⁸ Ibid., p. 896.

¹⁹ Ibid., p. 896.

²⁰ Ibid., p. 898.

²¹ Ibid., p. 900.

²² Ibid., p. 901.

Pero el niño asfixiado no era un hijo cualquiera, un retoño de Cabot, por ejemplo, sino un hijo de Eben, era “su” hijo, el vástago a quien amaba y del cual se sentía despojado, desde antes, cuando aparecía como descendiente de su padre. De ahí la frase con que responde a la siniestra revelación de Abbie: “¡Era mío, maldita seas!”²³. Si Cabot le impedía poseer “su” granja –que en realidad perteneciera a su madre-, sin saberlo, le usurpaba además el hijo, Abbie destruía lo que, avalado por la sangre, le pertenecía. Eben ve a Abbie con indecible odio. Y ella reacciona a esa mirada, musitando: “No me mires así..., con odio..., después de lo que hice por ti..., por nosotros..., para que pudiéramos ser felices de nuevo...”²⁴. El joven, lejos de conmoverse con estas palabras, cree que no tienen otra intención que culparlo del crimen que ella ha cometido. Abbie, ante la inesperada respuesta de su amante, se tapa los oídos y se agarra de las piernas de Eben. Él, con una furia transformada en furor, le grita: “¡No me toques! ¡Eres veneno! ¿Cómo pudiste...matar a esa pobre criatura?...¡Debes de haberle vendido tu alma al diablo!”²⁵. Y prosigue, colérico: “¡Ya comprendo por qué lo hiciste! No por las mentiras que acabas de decirme..., sino porque querías volver a robar...robarme lo único que me habías dejado...mi parte de él...no, todo él...; viste que se me parecía..., sabías que era todo mío...y no pudiste soportarlo...¡Lo sé! ¡Le mataste porque era mío!”²⁶. Así como los celos son el “cuidado” o el “centinela vigilante” de la posesión amorosa, el “temor al robo” –físico(territorial) o humano (filial)-, y el robo mismo, son señal inconfundible del afán de apoderamiento violentado. Eben se abalanza hacia la puerta, y exclama con vehemencia: “¡Pero ahora me vengaré! ¡Llamaré al sheriff!”²⁷.

Cabot, que acaba de despertar y que ignora todo lo acaecido, se acerca a la cuna, ve a su hijo, y dice pleno de orgullo: “Buenos días, hijito. ¡Hermoso como un ángel! ¡Duerme con un sueño profundo!”²⁸. Pero Abbie se planta frente a él y le declara directa y escuetamente que no duerme, sino que está muerto y que ella lo ha matado asfixiándolo. Cabot, lleno de espanto y desesperación, la agarra y la sacude con violencia. Y ella replica, con salvaje ira: “¡No te atrevas a

²³ Ibid., p. 901.

²⁴ Ibid., p. 902.

²⁵ Ibid., p.902.

²⁶ Ibid., p. 903

²⁷ Ibid., p.903.

²⁸ Ibid. P.904.

tocarme! ¿Qué derecho tienes a preguntarme por él? ¡No era tu hijo! ¿Crees que yo habría tenido un hijo tuyo?²⁹.

Cabot decide ir por el sheriff para que su infidente y criminal esposa sea castigada por la justicia. Pero se entera, por labios de la propia Abbie, que Eben ya ha llamado al representante público y que éste está por llegar. Después de un altercado con Cabot –que sale de escena-, Eben se acerca a la cocina, donde se halla Abbie, se deja caer de hinojos ante ella y sollozando le pide perdón. Con ello, Abbie halla repentinamente la felicidad y, como dicen las indicaciones de actuación del autor: “*Le besa la cabeza, apretándola contra sí en una salvaje pasión de posesión*”³⁰. Eben, tras de declarar que la ama y que lo perdona, explica que, después de contarle todo al sheriff: “Empecé pensar en ti. Empecé a pensar en lo mucho que te amaba...Me eché a llorar. ¡Comprendí de pronto que te amaba todavía y que te amaría siempre!”³¹. Eben está convencido ahora de que lo ocurrido no es sólo responsabilidad de Abbie, sino también de él. Arguye: “El crimen que cometiste fue por mí..., y es mi crimen también, y así se lo diré al sheriff..., y si lo niegas, diré que lo planeamos juntos..., y todos ellos me creerán, porque sospechan que lo hemos hecho, y todo los parecerá probable y cierto. Y es cierto..., a fin de cuentas. Yo te ayudé..., en cierto modo”³².

Cabot se aproxima a ellos, los ve y les dice con tono vengativo: “¡Buena pareja de tórtolos criminales!”³³. Y después, como hablando en voz alta consigo mismo: “Yo no podría trabajar hoy. El trabajo no me interesaría. ¡Al diablo con la granja! ¡Voy a abandonarla! ¡He dejado sueltas a las vacas y al resto del ganado! ¡Lo he llevado a los bosques, donde podrá ser libre! ¡Al liberarlo, me estoy liberando a mí mismo! ¡Me marchó de aquí hoy mismo! ¡Incendiaré la casa y el establo, y los miraré arder!”³⁴... ¿Qué está diciendo Cabot en este parlamento? ¿A qué se debe lo implicado en él? Se diría que es algo así como la toma de conciencia de que el afán posesivo de todos, empezando por él, es el factor básico de la tragedia ocurrida en esta familia, y se afirmaría asimismo que el nivel de la desgracia es tal que,

²⁹ Ibid., p.906.

³⁰ Ibid., p.909.

³¹ Ibid., p.909.

³² Ibid., p.911.

³³ Ibid., p.912.

³⁴ Ibid., p.912.

en un acto de esfuerzo máximo en pro de la liberación, él, Cabot, humillado y aplastado por las circunstancias, *renuncia al congénito impulso de la apropiación*. Eso se diría, pero Cabot, recobrándose y girando hacia una enigmática visión mística, asienta: me parece oír la voz de Dios “advirtiéndome de nuevo que sea duro y que me quede en mi granja”³⁵, lo cual nos muestra que el sueño de autoliberación, desprendimiento y dominio de la innata máquina deseante de la posesividad, ha sido sólo una vivencia, una efímera fantasía consoladora, nada en verdad profundo y transformador. La pulsión apropiativa, desde su enclave psico-somático, sigue operando como siempre.

Cuando llega el sheriff, Eben no tarda en autoincriminarse: “Mentí esta mañana, Jim. Yo ayudé a Abbie a hacerlo. Puedes llevarme a mí también”³⁶. Cabot dice al sheriff que se lleve a los dos. Él, mientras tanto, tiene que reunir su ganado. Eben y Abbie, tras de declararse mutuamente su amor, salen por el foro tomados de la mano y seguidos de la policía.

El final de la obra –de un simbolismo apretado y elocuente- nos muestra a un sheriff que pasea su envidiosa mirada por la granja y dice a sus acompañantes: “Es una granja soberbia, no cabe duda... ¡Ojalá fuera mía!”³⁷

³⁵ Ibid., p.913.

³⁶ Ibid., p.914.

³⁷ Ibid., p.915

SEGUNDA PARTE

Paso a examinar la obra de teatro *Un enemigo del pueblo* de Henrik Ibsen en la que, como dije, el afán del personaje central de la obra de poseer conocimientos o verdades (diferenciándose del populacho) y formar parte de una aristocracia intelectual, constituye el meollo de este extraordinario drama decimonónico.

En una ciudad del sur de Noruega se ha organizado, en la playa, un balneario para restablecer la salud de la clientela. Al doctor Tomás Stockmann se le debe la idea de la creación de este centro de salud – que se ha formado como una empresa con socios accionistas- y en el surgimiento del cual ha tenido que ver el hermano del doctor y alcalde de la ciudad Pedro Stockmann. Todo parece muy bien hasta el día en que el doctor, que es el médico del balneario, descubre que éste está contaminado por una corriente de microorganismos patógenos (infusorios, etc.) proveniente de alguna de las tierras aledañas. Este es el punto de arranque de la tragedia en cinco actos que Ibsen va a desenvolver ante nuestros ojos. Todos los personajes de la obra, frente a la decisión inquebrantable del doctor de dar a conocer la situación en bien de la salud de los asistentes al balneario, reaccionan de diverso modo y a veces de manera cambiante frente a la posibilidad de la publicación de la denuncia, y muestran así su carácter y su posición social. Al principio parece que el alcalde es el enemigo principal o más visible de que su hermano dé a conocer los resultados del estudio sobre las aguas del balneario que el doctor Stockmann ha mandado a hacer, y que los editores del periódico *La voz del pueblo* (Hovstad, director; Billing, redactor; Aslaksen, impresor) constituyen seguros aliados del doctor en su afán de decir la verdad. El alcalde, que tiene una relación conflictiva con el doctor (dado el carácter opuesto de los hermanos) y hasta establece una seria actitud de competencia con él, argumenta que si se da a la publicidad lo descubierto por Tomás sería una ruina para la ciudad en su conjunto (de la cual, recordemos, es el alcalde) ya que, si se supiera que las aguas están contaminadas, nadie querría venir al balneario, lo cual redundaría en perjuicio no sólo de los propietarios accionistas de la institución y todo su personal –Tomás Stockmann incluido- sino del pueblo en su conjunto que es el beneficiario de la carga impositiva de

la empresa. Por otro lado, en el caso de que el doctor tuviese razón, las obras que sería necesario llevar a cabo para sanear los baños, costarían miles de coronas y el tiempo que el balneario tendría que suspender sus servicios sería de años, cosas ambas que perjudicarían enormemente a los ciudadanos. Los aliados del doctor de *La voz del pueblo* –Hovstad supuesto radical y Aslaksen moderado-, que se habían comprometido a publicar la denuncia del doctor, tras de oír los planteamientos del alcalde, dan marcha atrás y se rehusan a editar el escrito del doctor. Aunque se dicen partidarios del pueblo y liberales, son oportunistas. Como el periódico se niega a publicar el artículo de Stockmann, éste decide organizar una reunión popular para dar a conocer la situación y su punto de vista. Aunque no consigue ningún local oficial para hacerla, el capitán de barco Horster brinda un salón. Otras personas que hay que tener en cuenta en el examen de la obra son la esposa del doctor, Catalina; su hija, Petra y Morten Kul, padrastro de Catalina. Mientras que esta última no apoya del todo a su esposo, por temor a que la actitud de éste perjudique a la familia, Petra es una aliada incondicional de su padre. Kul parece no interesarse al principio en el problema, pero después va a intervenir y ya veremos en qué sentido. Volviendo a la conferencia convocada por el doctor Stockmann para dar a conocer a la ciudadanía lo que ocurre en el balneario, hay que hacer notar que sus enemigos –prácticamente todos- se apropian astutamente de la reunión y no dejan hablar al doctor sobre el envenenamiento de las aguas. El doctor pretende dar su conferencia, pero Aslaksen y el alcalde exigen que se nombre un presidente de debates. Se nombra a Aslaksen, el impresor representante de la Sociedad de Propietarios. Con el derecho que le otorga la designación, Aslaksen habla sobre la moderación y pide al doctor moderación. Aslaksen da la palabra a continuación no al doctor, sino a su hermano, y el alcalde pide a la asamblea que no permita al doctor leer su artículo. Aslaksen toma la palabra y dice: “Apruebo la propuesta del señor alcalde. A mi entender, el doctor Stockmann procura producir una agitación con otro fin al hablar de los baños. Pretende que se realice una modificación en el poder y que recaiga éste en otras personas”³⁸. Aslaksen dice: “Va a someterse a discusión la propuesta del señor alcalde, señores”, a lo que responde el doctor: “No es menester. Ya no pienso hablar del balneario. Voy a hablar de

³⁸ Henrik Ibsen, “Un enemigo del pueblo”, en *Teatro completo*, Aguilar, Tercera Edición, 1965, p. 1413.

otra cosa”³⁹. Las intervenciones del doctor, en efecto, ya no se van a constreñir a una denuncia particular –lo que sucede en el balneario y sus consecuencias- sino que conllevan un diagnóstico crítico de la sociedad contemporánea y muestran en su discurso –como en una radiografía- cuál es su manera de pensar y actuar, lo que interesa especialmente en el presente ensayo. Stockmann declara: “En comparación con lo que voy a decir, no tiene ninguna importancia haber demostrado que las aguas del balneario están contaminadas, y que el balneario está mal construido”⁴⁰. Varias voces lo interrumpen a gritos diciéndole ¡Nada del balneario!; No queremos que se hable del balneario!, a lo cual contesta el doctor: “Como gustéis. Sólo voy a hablaros de un descubrimiento que acabo de hacer. He descubierto que la base de nuestra vida moral está completamente podrida, que la base de nuestra sociedad está corrompida por la mentira”⁴¹. A continuación el doctor se pronuncia, en clave anarquista, contra el poder, contra la “crasa ignorancia de las autoridades” y declara que “me asusta la inmensa villanía de que han sido culpables las personas que ostentan el poder. Las detesto; no puedo con ellas. Son como cabras a las que se dejara invadir un jardín recién plantado. No hacen más que estropearlo todo. Un hombre libre no puede adelantar nada sin chocar con ellas a cada paso”...⁴². Así como, llevado por las circunstancias, Stockmann, en vez de hablar del emponzoñamiento de los baños, denuncia ahora algo más básico y general, a continuación se ve en la necesidad de ir más al fondo y, sin importarle el alboroto que producen sus palabras, puntualiza: “El enemigo más peligroso de la razón y de la libertad de nuestra sociedad es el sufragio universal. El mal está en la mayoría liberal del sufragio, en esa masa amorfa”⁴³. Los liberal-populistas (Hovstad y Billing) intervienen para decir que la mayoría siempre tiene razón. Pero el doctor los ataja y sentencia: “No; la mayoría no tiene la razón nunca. Esa es la mayor mentira social que se ha dicho. Todo ciudadano libre debe protestar contra ella. ¿Quiénes suponen la mayoría en el sufragio? ¿Los estúpidos o los inteligentes? Espero que ustedes me concederán que los estúpidos están en todas partes, formando una mayoría aplastante. Y creo que eso no es motivo

³⁹ Ibid., p. 1414. En varias de las páginas que vienen a continuación voy a transcribir textualmente las intervenciones de los protagonistas de la obra porque me parece que de esta manera se recoge la esencia, la dinamicidad y la acción dramática de esta gran obra de Ibsen.

⁴⁰ Ibid., p. 1414.

⁴¹ Ibid., p. 1414.

⁴² Ibid., p. 1415.

⁴³ Ibid., p. 1416.

suficiente para que manden los estúpidos sobre los demás (*escándalo, gritos*) ¡Ahogad mis palabras con vuestro vocerío! No sabéis contestarme de otra manera. Oíd: la mayoría tiene la fuerza, pero no tiene la razón. Tenemos la razón yo y algunos otros. La minoría siempre tiene la razón” (tumulto)⁴⁴. Hovstad no pierde la oportunidad para llamarlo despectivamente aristócrata. Pero el doctor se deslinda tajantemente de la vieja nobleza de cuna: “Os juro que no otorgaré ni una palabra de limosna a los desgraciados de pecho comprimido y respiración vacilante, quienes no tienen nada que ver con el movimiento de la vida. Para ellos no son posibles la acción ni el progreso”⁴⁵. Si Stockmann desdén a la añeja aristocracia, decrepita y decadente, ¿a qué aristocracia alude? Lo dice a continuación: “Me refiero a la aristocracia intelectual que se apodera de todas las verdades nacies. Los hombres de esta aristocracia están siempre en primera línea, lejos de la mayoría, y luchan por las nuevas verdades, demasiado nuevas para que la mayoría las comprenda y las admita”...⁴⁶. El doctor critica las “verdades disecadas” que predominan en *La voz del pueblo* y sus lectores y fustiga la creencia de Hovstad “según la cual la plebe, la mayoría, constituye la esencia del pueblo”. “A su juicio –le dice- el hombre del pueblo, el que encarna la ignorancia y todas las enfermedades sociales, debe tener el mismo derecho a condenar y a probar, a dirigir y a gobernar, que los seres elegidos que forman la aristocracia intelectual”⁴⁷. Stockmann cree en la necesidad de diferenciar la plebe o la chusma del pueblo, de ahí que afirme “La plebe es la materia prima que hay que transformar en pueblo”⁴⁸ y que hay que eliminar lo que hay de vulgar en el hombre “para alcanzar su verdadera distinción espiritual”⁴⁹. El doctor siente la necesidad, de la misma manera en que diferencié la aristocracia intelectual de la vieja aristocracia hereditaria, de distinguir dos tipos de plebe: “La plebe a la que me refiero no se encuentre sólo en las clases bajas; también bulle en torno nuestro, aun entre las clases más elevadas de la sociedad”⁵⁰. Y pone un ejemplo que produce risas en el público: “Mi hermano es tan plebeyo como cualquier otro bípedo

⁴⁴ Ibid., p. 1416.

⁴⁵ Ibid., pp. 1416-17.

⁴⁶ Ibid., p. 1417.

⁴⁷ Ibid., pp. 1417-18.

⁴⁸ Ibid., p. 1418.

⁴⁹ Ibid., p. 1419.

⁵⁰ Ibid., p. 1419.

calzado con zapatos”⁵¹. Y, aunque el alcalde protesta por esta aseveración, Stockmann explica las razones por las que lo considera de esa manera: “es un plebeyo porque piensa lo que piensan sus superiores”⁵². Varios ciudadanos piden al presidente de debates que se haga callar al orador y Stockmann, nervioso, asienta: “Nadie puede impedir que diga la verdad. Apelaré a los periódicos de las poblaciones cercanas. Todo el mundo sabrá lo que pasa aquí”⁵³. Y cuando Hovstad le dice: “Quiere usted arruinar nuestra ciudad ¿no es eso, señor doctor?”⁵⁴, Stockmann, muy exaltado, declara: “Amo a mi ciudad lo bastante para preferir que se arruine a que prospere por medio de engaños”⁵⁵. Entonces Hovstad, con voz estentórea, dice a la asamblea: “La persona que ataca aquí el bien común es un enemigo del pueblo”⁵⁶. Aslaksen sentencia finalmente: “Contra mi voluntad, me veo obligado a hacerme solidario de los sentimientos de todos los conciudadanos honrados, sentimientos que pueden resumirse en la siguiente conclusión: ‘la presente asamblea declara que el doctor Tomás Stockmann, médico del balneario, debe ser considerado como un enemigo del pueblo’”⁵⁷. La conclusión se pasa a votar y todos votan contra el doctor, con la excepción de un borracho infiltrado en la reunión.

El doctor Stockmann no está ni con los de arriba (aristocracia de sangre, empresarios, burócratas) ni con los de abajo (ignorantes y estúpidos). Su invectiva contra el sufragio universal se basa en que cualquier persona –independientemente de sus valores éticos y espirituales- puede votar y ser votada. Para deslindarse de la mayoría ignara y manipulable (la plebe) él se considera parte de una minoría aristocrática, que se distingue con la misma fuerza del poder y las clases dominantes. Pertenece, pues, a un sector intermedio de la sociedad, un sector que se diferencia tanto de los de arriba como de los de abajo por sus conocimientos, sus verdades y sus virtudes. Esta aristocracia intelectual no es la que emana de un título nobiliario. Al sector al que se opone, no es el *pueblo* –también minoritario- sino a la mayoría plebeya que comprende no únicamente a la mayor parte de

⁵¹ Ibid., p. 1419.

⁵² Ibid., p., 1419.

⁵³ Ibid., p., 1420.

⁵⁴ Ibid., p., 1420.

⁵⁵ Ibid., p., 1420.

⁵⁶ Ibid., p., 1420.

⁵⁷ Ibid., p., 1420.

los de abajo sino a una buena parte de los de arriba. El aristócrata intelectual es el que se ha adueñado de un acervo de conocimientos que no sólo lo diferencia de los ignorantes de arriba y de los ignorantes de abajo, sino que le permiten saber qué hacer y cómo hacerlo y, con ello, coadyuvar incesantemente a la renovación de la sociedad. ¿Cómo adquiere tales conocimientos ese intelectual? Lo hace principalmente por la escuela, la acción autodidacta y la experiencia. Y, desde el punto de vista subjetivo, ¿qué es lo que lleva a adueñarse de esa capacidad teórica o espiritual que lo sitúa en una suerte de aristocracia *sui generis* en el cuerpo social? Se trata de nuestro viejo conocido afán de poseer; pero no de cosas, como bienes de consumo o medios de producción –la tierra en *El deseo bajo los olmos*-, sino de ideas, conocimientos, verdades, en una palabra, se trata de la *pulsión apropiativa eidética*. Del mismo modo en que Marx decía que Hegel sólo veía el aspecto positivo del trabajo –el trabajo como esencia definitoria del ser humano- pero no lograba visualizar el aspecto negativo (o sea el trabajo forzado), podemos señalar que el doctor Stockmann sólo aprecia el aspecto positivo del intelectual (por eso lo califica de aristocrático) pero no advierte el aspecto negativo: los intereses que emanan de su propia posesión intelectual. Los intelectuales –aun los más fieles a su práctica espiritual específica: el sabio científico por ejemplo- no son un grupo social des-interesado, un puñado de individuos empeñados tan sólo en la adquisición de verdades y el florecimiento de la cultura en beneficio de la colectividad, sino que rigen su acción, como todas las clases sociales y el propio poder hállese donde se halle, a partir de ciertos intereses que emanan de su configuración estructural definitoria. ¿Cuál es ésta? Lo he subrayado en múltiples ocasiones: ser dueños de medios intelectuales (o espirituales) de producción, lo cual los diferencia de los ignorantes de arriba y de los trabajadores manuales. La existencia de estos intereses, que brotan de la esencia misma de los intelectuales, se evidencia de muchas formas –una de ellas conduce precisamente a la autoconsideración de formar parte de una aristocracia meritocrática-, entre las que me gustaría mencionar, en tratándose de la producción económica, el dominio que ejerce el trabajo intelectual sobre el trabajo manual. Pero la clase intelectual –como clase media que es en el capitalismo-, si bien es *dominante* respecto al trabajo manual, también es *dominada* respecto al capital y todos “los de arriba”. Pero hay de intelectuales a intelectuales. En la obra de Ibsen aparecen el pueblo (en la reunión convocada por el doctor), los intelectuales y, entre

bambalinas, los empresarios⁵⁸. No sólo el doctor y su hija Petra son intelectuales, sino también, en el sentido amplio del término, lo son los periodistas de la Voz del Pueblo y el propio alcalde. Pero hay una diferencia fundamental entre ellos: mientras el doctor se deslinda del poder y de los empresarios y es fiel al conocimiento de la verdad –la particular: sobre el envenenamiento de las aguas, y la general: sobre la distorsionada organización social-, los otros intelectuales se hallan dominados por el capital y los de arriba y, enajenados a ellos, no retroceden ante la mentira y la corrupción.

En otro texto he subrayado que en el capitalismo hay un sector muy importante de intelectuales que son un enemigo especialmente peligroso para el régimen democrático-burgués: aquellos que logran ganarse la voluntad de los obreros y campesinos y ponerse a su cabeza. Este grupo, al que he dado el nombre de *sector histórico* de la clase intelectual, tiene la capacidad de dismantelar el régimen capitalista, poner a raya al pueblo (que llevó a cabo el cambio revolucionario), y erigirse en la nueva clase dirigente de burócratas y técnicos. También en otro sitio he subrayado que la clase intelectual –aquella que monopoliza los conocimientos y saberes- se divide en dos grandes rubros: el académico y el político. El académico –formado en las aulas, la investigación y la docencia- frecuentemente da lugar a la llamada aristocracia intelectual. La *clase política* no es, por su lado, sino aquel sector de la clase intelectual dedicado al quehacer político, es decir, a aquella actividad orientada a salvaguardar el orden existente o a transformarlo hacia atrás (política reaccionaria) o hacia delante (política progresista). La lucha del doctor Stockmann contra el orden existente no se establece desde el *sector histórico* de la clase intelectual –Stockmann no es un revolucionario comunista- o, lo que tanto vale, desde una clase política que pretende jefaturar al pueblo para destruir a la burguesía, sino desde una *aristocracia intelectual que se ve en la necesidad de hacer política*. La lucha de Stockmann contra el régimen no se lleva a cabo, entonces, a partir de la clase intelectual *para sí* –la que busca usar a los trabajadores como trampolín para encaramarse al poder-, sino desde la clase intelectual *en sí* –que espontáneamente se autodefine como diferenciándose de la vulgaridad de los de arriba y de la estupidez de los de abajo. La pugna del doctor está condenada al fracaso. Y lo está no sólo por el

⁵⁸ El único empresario actuante es Aslaksen que, como vimos, es impresor y representante de la Sociedad de Propietarios.

individualismo que norma su acción, sino porque en lugar de ganarse a las masas, educarlas, desenajenarlas y hasta darles, en algunos puntos, por su lado, las combate, anatematiza y rechaza, con lo cual está lejos de poder acumular la fuerza material indispensable para confrontar la de los empresarios y el poder. Los periodistas de la Voz del Pueblo pertenecen también a la clase política, es decir, a aquella fracción de la clase intelectual que trabaja ante todo con la mente y que, para hacerlo, tiene que poseer cierta instrucción; pero estos periodistas realizan una tortuosa doble actuación: fingen ser representantes del pueblo y trabajan en realidad a favor del sistema, es decir, se *desclasán* en sentido ascendente, constituyen una “izquierda” amaestrada por la burguesía y el poder.

En el último acto de la obra, se ve cómo reacciona el poder –atacado y puesto en entredicho por el doctor- poniendo en marcha la represión personalizada y sin cuartel. La violencia de los numerosos enemigos de Stockmann se inicia con un arrojamiento de piedras a los cristales de su hogar. Después se entera que el casero le pide que abandone su casa. A Petra, su hija, la arrojan de la escuela. Sus hijos corren igual suerte. El alcalde pone en sus manos una carta de los directivos del balneario donde se le comunica su suspensión definitiva como doctor de los baños. Tomás piensa entonces emigrar con toda su familia al nuevo mundo. Su hermano le da por su lado: con la actitud dolosa y oportunista de siempre, le aconseja que, después de lo ocurrido, y de las nefastas consecuencias que su comportamiento está produciendo en su familia, se vaya del pueblo por un tiempo –un año por ejemplo-, que reflexione en lo sucedido y finalmente escriba unas palabras de arrepentimiento que lo reconcilien con la sociedad agraviada. Incluso el proyecto de viajar por barco a América se le viene abajo al doctor porque Horster, quien se ha propuesto para llevarlo al otro continente, ha sido despojado también de su trabajo marítimo. La situación se complica al neófito luchador al tener lugar las acciones, palabras y actitud de Morten Kul, padrastro de Catalina, su esposa. Al principio, el curtidor parecía no interesarse en el problema del balneario y no mostraba simpatía por las autoridades; pero después –cuando la crisis se le viene encima a Tomás Stockmann- compra acciones del balneario (que se hallan muy devaluadas) y lo hace con el dinero que destinaba a la herencia de su hijastra y su familia. Kul justifica esta operación económica arguyendo que, puesto que él y sus predecesores son los dueños inveterados de la curtiduría

que genera la infección de las aguas –como lo ha demostrado el doctor- no quiere padecer ante la sociedad la deshonra de ser el causante de esa tremenda situación. Kul se enfrenta entonces al doctor y le dice que si sigue pregonando que las basuras escapadas de su teneduría son las originadoras de la infección, va a perjudicar los intereses de su mujer y sus hijos. Kul, entonces (al igual que el alcalde), lo pone ante el dilema de continuar como un loco en su lucha insensata, y dañar económica y socialmente a su familia, o de cesar en su actitud y proteger la buena posición de su mujer y sus hijos. Kul le declara al doctor que si su actitud continúa por el erróneo camino de la denuncia y la lucha, él colocará las acciones en el asilo de ancianos, con lo cual desheredará al doctor Stockmann y los suyos. Por un momento, pero sólo un momento, Tomás titubea. Se presentan entonces los personeros de la Voz del Pueblo con la intención de intercambiar palabras con el doctor. Hovstad y Aslaksen llegan al colmo de decirle que finalmente han caído en cuenta que su denuncia respecto al balneario ha sido el pretexto para el siguiente plan deliberado: que las acciones de la empresa se devaluaran, Kul las comprara, Tomás Stockmann fuera heredero de ellas y, tras de gastar un poco en reparaciones, la directiva del balneario accediese a reinstalarlo en su puesto. Añadieron que la Voz del Pueblo, comprendiendo todo al fin, venía a ayudarlo en la feliz realización de sus intenciones. Al oír tal cosa, la indignación del doctor llega a tal extremo que corre a los periodistas de su casa, tratando de expulsarlos a paraguazos por la ventana. A continuación, Stockmann le envía una misiva a Kul en la que le declara que, pase lo que pase, *no y mil veces no* acepta claudicar. Es el momento de la decisión. El doctor ya no quiere marcharse o huir. Está convencido de que ha comenzado la batalla. Es cierto que las condiciones en que va a emprender la pugna son, o se las han hecho, enormemente difíciles. Ya no tiene casa ni hay una escuela para sus hijos. Pero él sabrá cómo sobrevivir y cómo preparar su trinchera. Horster, por fortuna, le ofrece su casa. Y él decide educar personalmente a sus hijos. Cuando seáis grandes –les dice- iréis a cazar lobos, que abundan por aquí. La señora Stockmann (que a lo largo de la obra se ha mostrado recelosa y titubeante) le advierte que ojalá no sean los lobos los que lo cacen a él, a lo que responde el doctor: “¿Cazarme? ¿A mí, que ahora soy el hombre más poderoso de la ciudad?”⁵⁹. El doctor, rodeado de su

⁵⁹ Ibid., p. 1438.

familia, añade que acaba de hacer un último y gran descubrimiento: “Helo aquí. Escuchad. El hombre más poderoso del mundo es el que está más solo”⁶⁰. Su entusiasmo por la lucha, a pesar de la soledad aristocrática que implica, no deja de prohiar un cierto pesimismo que inquieta el ánimo del luchador. “Lo malo –murmura- es que no sé de ningún hombre lo bastante libre, lo bastante leal para proseguir mi misión cuando muera”⁶¹.

⁶⁰ Ibid., p. 1438.

⁶¹ Ibid., p. 1437.

TERCERA PARTE

César Rubio, un maestro de escuela –especialista en la historia de la revolución mexicana-, cansado de la vida mediocre que ha tenido en la capital, se traslada con su familia a su lugar de nacimiento en el norte de la República, con la esperanza de tener cierto éxito en la política regional, imaginándose que algunas viejas amistades le tenderán la mano. Elena su mujer se solidariza con los propósitos de cambio de su marido. No así sus hijos –Miguel y Julia- que, aunque han sufrido la vida de privaciones y sin futuro de su padre en la ciudad de México, por diversas razones no ven con simpatía el traslado. Él ha tenido contradicciones políticas con su padre al formar parte de un movimiento estudiantil derrotado, y está deseoso de seguir su propio camino; ella, que es fea, ha estado enamorada de un joven que no le responde satisfactoriamente, y querría no dejar la capital. Instalados ya en su nueva, humilde casa, un norteamericano, Oliver Bolton, toca la puerta del hogar de Rubio pidiendo auxilio porque su automóvil se ha descompuesto. El maestro no tiene reparos en hacerlo, y se entera, para su sorpresa, que el norteamericano es un individuo interesado en la historia latinoamericana y, como él, en la revolución mexicana, y que trabaja en la Universidad de Harvard. Aclara que ha venido a México a investigar dos casos extraordinarios de la historia contemporánea del país: uno es el del americano Ambroce Bierce y otro el del general César Rubio. Dice Bolton: “Un general mexicano, joven, el más grande revolucionario que inició la revolución en el norte, hizo comprender a Madero la necesidad de una revolución, dominó a Villa. A los veintitrés años era general. Y también desapareció una noche... destruido como Ambroce Bierce”. El maestro, que se interesa sobre todo en el segundo caso, se da cuenta de pronto de que, por el nombre, la edad, el lugar de nacimiento y la información puntual de los acontecimientos de la época, él podría hacerse pasar por el general, del que está enterado no nada más de cuándo y cómo falleció, sino prácticamente de todas sus andanzas en la vida. La ocurrencia toma cuerpo y acaba por convertirse en decisión, ya que César Rubio, el maestro, ve la oportunidad de cambiar de vida y abrir muchas y nuevas posibilidades de actuación si finge ser César Rubio, el general. Sugiere entonces a un Bolton fascinado, que él, y no otro, es el general desaparecido y que está dispuesto a proporcionarle los documentos probatorios al respecto, a cambio de varios miles de

dólares. Bolton acepta y así se inicia la suplantación de personalidades.

César Rubio entra a continuación en contacto con la clase política del pueblo: el presidente municipal, los diputados locales y el delegado y orador del partido. Todos se hallan felices de la resurrección del gran revolucionario y cierran filas con él, con la aprobación del presidente de la República, para lanzarlo como candidato al gobierno del estado.

Cuando sus hijos y su esposa se enteran, debido a diversas circunstancias, de la usurpación realizada por el esposo y el padre, reaccionan de diversa manera: Julia lo justifica, lo aplaude y piensa que ese audaz aprovechamiento de una oportunidad excepcional va a redundar en provecho de todos, incluida ella. Miguel se indigna y piensa que su padre –que con anterioridad le ha prometido no hacer nada deshonesto- ha caído en el lodazal de la mentira y que no hay nada que pueda justificar ese comportamiento deleznable. Elena no coincide ni con el extremismo moralizante de su hijo, ni con la aceptación acrítica de su hija respecto a las decisiones de Rubio. Se enoja con Miguel cuando éste critica severa e implacablemente a su padre; pero más se disgusta con Julia –y en realidad también con su propio esposo- cuando ella celebra la transformación usurpadora de Rubio, y en el fondo acaba por sentirse más cerca de la devastadora crítica de Miguel.

El general César Rubio tiene un feroz enemigo político que también quiere ser gobernador del estado. Se trata del general Navarro. Este individuo conoce a Rubio desde niño y se da cuenta inmediatamente de que la suplantación hecha por el maestro, se convertirá, con toda seguridad, y dado el prestigio del general resucitado, en un insalvable impedimento para que él acceda al tan apreciado y perseguido gobierno de su entidad federativa. Pero si Navarro conoce los antecedentes del supuesto general Rubio, el maestro está al tanto de los de Navarro. En el tercer acto, poco antes de que el general Rubio acuda a la reunión del partido que lo va a designar candidato oficial a la gubernatura, el general Navarro, flanqueado por dos pistoleros, se presenta en casa de Rubio y pide hablar con él. Su propósito no es otro que el de intentar obtener, bajo la amenaza de revelar la verdadera identidad del supuesto héroe de la revolución, una negociación con Rubio que, a cambio de ciertas concesiones, no

impidiese la designación de Navarro como candidato a gobernador. La conversación es tirante y dramática, y además es escuchada, en buena parte, por Miguel. Navarro le dice que abandone la “risible” usurpación que ha hecho, que él no es un político, que no sabe en lo que se está metiendo, que incluso corre peligro su vida si continúa por ese camino. Rubio replica que cualquier denuncia que su adversario haga sobre su personalidad no sólo va a chocar con la fe y el entusiasmo que ha despertado en el pueblo, y será rechazada sin dubitaciones, sino que se sumará al desprestigio de Navarro y le resultará contraproducente. Al calor de la discusión, Rubio se siente seguro de sí y, habiendo previsto las palabras y propuestas de Navarro, se pone a la ofensiva y pretende intimidarlo, haciéndole ver que está muy al tanto de los asesinatos que Navarro, envalentonado con el cognac, ha cometido en el pasado, entre ellos ¡nada menos! que el del general César Rubio, y que tiene pruebas (un testigo) que pueden confirmar lo aseverado. Navarro, sorprendido por las frases de Rubio, insiste en que el maestro decline en su usurpación y se pongan de acuerdo entre ambos. Habla, en efecto, de ciertas concesiones y beneficios que está dispuesto a llevar a cabo si Rubio da su brazo a torcer. César se niega a cualquier trato con Navarro y parte de su casa al sitio donde será nominado candidato oficial del partido.

Antes de esta conversación, Navarro se ha puesto de acuerdo con sus pistoleros para que, en caso necesario, ultimar al maestro. A Salas, uno de ellos, le dice: “Ya sabes, entonces: si no hay arreglo, te vas volado en el carro chico y preparan el numerito”. Salas le pregunta cómo puede enterarse de que hay que obrar así. Navarro responde: “Yo no puedo salir a hacerte la seña; pero las gentes de éste van a estar pendientes, me arreglaré para que entre Salinas. Cuando lo veas entrar, vuelas”. Y a continuación, hace más explícitas sus órdenes: “...háganlo todo bien, Apenas suceda la cosa, deshagan a balazos al loco ése. Recuerda bien lo del crucifijo y los escapularios”.

Al terminar la plática y al no haber ningún tipo de acuerdo entre los “dos generales”, Navarro, se dirige a la puerta, se vuelve y le dice a Rubio: “Oye, quiero que llames aquí a Salinas...anda buscando pleito”. César llama a Salinas, éste acude y, con ello, se inician, a espaldas del maestro devenido general revolucionario, los pródromos del “numerito” homicida. César había creído, ingenuamente, que Navarro no se atrevería a enviar a sus matones a ejecutarlo por miedo a la

indignada reacción que tal hecho despertaría en el pueblo; pero Navarro prepara de modo tal las cosas que le echa la culpa a un fanático católico y acaba por disipar las dudas de la mayor parte de los partidarios de Rubio al reprobar tajante y demagógicamente el asesinato, proclamarse admirador del general revolucionario y ganar de hecho la partida.

En esta obra de teatro –una de las más importantes producidas en nuestro país-, como en tantos acontecimientos sociales y familiares o en numerosísimas creaciones de la dramaturgia universal, hace acto de presencia el plexo de *afanes apropiativos* que acompañan a los seres humanos desde que nacen. El deseo de obtener una mejoría económica y salir de la pobreza en que siempre ha vivido –claro indicador, como ya sabemos- de la pulsión apropiativa *cosística*- embarga a la familia de los Rubio y es la motivación principal que ha llevado al padre del núcleo familiar a dejar la ciudad de México y a “buscar fortuna” en el norte. También nos es dable detectar el empeño de adquirir conocimientos –manifestación de la pulsión apropiativa *eidética*- en el propio César Rubio, profesor que ha adquirido un conocimiento especializado en la historia de la revolución mexicana⁶², así como también lo podemos hallar en un personaje secundario de la pieza, aunque también importante, como es el profesor norteamericano Oliver Bolton. Pero el tipo de ambición predominante en esta obra es el ansia de poder –que, como también ya sabemos, tiene su raigambre generativa en el afán apropiativo *antrópico*.

El deseo de mandar, el ahínco de dominación, el ansia de ser dueño, en alguna medida, de la voluntad de los subordinados y ser reconocido por la sociedad como alguien que se ha encumbrado y merece respeto y admiración, es algo que, adormecido en un principio, se autoafirma vigorosamente en el maestro César Rubio cuando, de pies a boca, da con la inesperada oportunidad de obtener un renombre y ejercer el poder. En un principio, cuando acaba de asumir su nueva personalidad, Rubio tiene escrúpulos (acto segundo) sobre lo que está haciendo; incluso llega a decir: “El poder mata el valor personal de un hombre. O se es hombre, o se tiene poder. Yo soy hombre”. Pero la nueva situación, y la idea de que un gobernador puede beneficiar en mucho a su pueblo, hace que los escrúpulos se

⁶² “No hay –dice- un solo hombre en México que sepa todo lo que yo sé de la revolución”.

difuminen y desvanezcan. Elena, sin embargo, no se deja engañar. Cuando Rubio dice: “Siempre me pregunté antes por qué el destino me había excluido de su juego, por qué nunca me utilizaba para nada: era como no existir. Ahora lo hace. No puedo quejarme, estoy viviendo como había soñado siempre. A veces tengo que verme en el espejo para creerlo”, la esposa lo desenmascara: “No es el destino, César, sino tú, tus ambiciones. ¿Para qué quieres el poder?”.

Famosa es la frase, atribuida a Lord Acton, de que “El poder corrompe, el poder absoluto corrompe absolutamente”. Muy pocos dejan de advertir la capacidad degenerativa, y en veces hasta enloquecedora, que trae consigo el poder, sobre todo cuando se ejerce irrestrictamente. La gobernanza, el tener en las manos el destino de los otros, fortalece la autoestima y va gestando poco a poco la convicción de que se es hombre o mujer superiores e imprescindibles. El líder, el jefe, el mandamás acaba por creerse dotado de cualidades excepcionales proporcionadas por voluntad divina o por su propia naturaleza. El acto de gobernar puede realizarse en un extendido ámbito de grados: desde el déspota hasta el “buen mandatario”. Pero hasta este último, que actúa “en beneficio” de la comunidad, ahonda, de modo consciente o no, la fisura, el hiato, la contraposición velada entre gobernantes y gobernados, acciones de gobierno y actos de sumisión y obediencia. El reemplazo de la comunidad por el individuo –independientemente de la vía con que haga tal cosa: golpe de Estado, elección cortesana, sufragio universal, etc.- lleva a reafirmar la dominación sobre la obediencia y a obturar, de nueva cuenta, la expresión de un potencial humano permanentemente mermado y excluido. Ante la evidente corrupción que trae de común el ejercicio continuado del poder, los destinados a ejercerlo, o los que ya tienen el timón en las manos, hablan de lo imprescindible del *servicio* o del hacerse eco de las demandas y deseos populares como la manera de sortear los riesgos que acompañan al cetro monárquico, la banda presidencial o cualquier otro símbolo de los macro o micro poderes que infestan la vida cotidiana de la colectividad. Si el poder en cuanto tal opera como una suerte de veneno en el ánimo del jerarca, nos dicen, el servicio es el antídoto. Y en esto hay –insisten– importantes diferencias de grado: el que exalta el poder y desdeña el servicio es un tirano; el que da primacía al servicio sobre el poder es un buen conductor de pueblos. Ante la pregunta de su mujer: “¿Para qué quieres el poder?”, César Rubio subraya: “Te sorprendería

saberlo. No haré más daño que otro, y quizás haré algún bien. Es mi oportunidad y debo aprovecharla. Julia parecerá bonita...ya ahora lo parece, cuando me mira; será cortejada por todos los hombres. Miguel podrá hacer algo brillante, amplio, si quiere. Tú...(la abraza) será como si te hubieras vuelto a casar, con un hombre enteramente nuevo...". Es importante subrayar que, en términos generales, los amantes del poder –o, lo que tanto vale, quienes son víctimas de un afán apropiativo antrópico-, intentan justificar su pulsión, haciendo notar que la adquisición de un puesto de mando, ofrece la oportunidad de servir a los súbditos o gobernados. El pretendido servicio (real o no) se convierte, pues, en el pretexto para acceder al poder con la venia de los otros y de uno mismo. César Rubio parece desear el gobierno de su estado para realizar el bien. Su intención primordial va aparentemente por el lado del servicio. Este modo de enfocar las cosas –que es el más frecuente- conduce, a quien desea fervorosamente el mando, a ejercerlo sin los obstáculos de los escrúpulos: la pulsión apropiativa antrópica se objetiva entonces sin reticencias ni titubeos.

Como he subrayado con anterioridad, los afanes posesivos no operan de manera aislada, sino que se interinfluyen y la realización de uno puede posibilitar el despliegue de los otros. El que se hace de dinero (afán cosístico) puede sufragar los gastos de educación de él o su familia (afán eidético) o puede escalar las cúspides del poder (afán antrópico), etc. Se puede hablar, incluso, de afanes posesivos que, al realizarse, se convierten en “estados sociales de paso” hacia otros. Rubio desea el poder no sólo para hacer el bien (su manera de presentar las cosas), sino para beneficiar a su familia en todos sentidos (dinero, prestigio social, etc.)...

Muy otro es el caso de Navarro. Él quiere el poder a como dé lugar. Su afán posesivo es tan contundente, tan arrollador, que no deja lugar para las aprensiones y los escrúpulos. Él no ve el servicio como el antídoto del dominio, sino como un efugio o membrete para acceder al mando y ejercer sin cortapisas el autoritarismo. Navarro tiene las manos llenas de sangre: no sólo ha asesinado al general Rubio, sino también será el autor intelectual de homicidio del maestro de escuela que se hace pasar por héroe de la revolución.

Los únicos personajes de la familia Rubio que cuestionan el ansia de poder del padre son, como ya dije, Miguel y Elena, esta última con reticencias que surgen de su anhelo de ser abnegada y buena esposa. Miguel es un hombre de principios, alguien que no puede soportar que se mienta y que, además, se haga tal cosa para encumbrarse a un puesto público.

Al hablar de las *pulsiones apropiativas* inherentes a los individuos, es necesario tener en cuenta no sólo que son congénitas a ellos y que son realizables o no, en la medida en que pueden serlo, si las condiciones objetivas o las oportunidades históricas lo permiten, sino que, a contrapelo de lo que piensan algunos, *son susceptibles de transformación, cambio de signo, papel que juegan en el carácter*. A esta capacidad de modificación o transmutación de los impulsos le da Freud el nombre de *plasticidad*. La plasticidad de las pulsiones –que hincan sus raíces en el inconsciente- puede llevarse a cabo en y por un tipo especial de *educación*, una educación que toma en cuenta, antes que nada, que esos afectos se generan y existen en la subjetividad, siendo expresión de la materia altamente organizada. Una educación destinada, enseguida, a hacer cambiar de sitio, significación y propósito la pulsión. Un ejemplo de ello puede ser la transformación del anhelo de detentar privadamente las cosas (verbigracia los medios de producción) al deseo de poseerlas de modo colectivo. Otro ejemplo de “educación de las pulsiones” puede consistir en establecer un verdadero embate interior contra la dependencia o enajenación del impulso o deseo respecto a su “objeto de realización”: cosas, ideas, personas. Si, en general, las personas estamos *prendidas*, por así decirlo, a los objetos de nuestro afán, habremos de luchar para hacernos, en alguna medida, *desprendidos*. Se dice de una persona que es desprendida, en efecto, cuando no es esclava de la posesión y cuando está dispuesta, por eso mismo, a ser generosa, solidaria, copartícipe.

No es este el lugar ni el momento para analizar cómo podría llevarse a cabo esta educación de innegable importancia para la moral revolucionaria y el anhelo de millones de personas por encontrar una forma verdaderamente humana de convivencia. Es una educación que tiene que ver con el individuo y la sociedad, con la psicología y la sociología y con muchas y variadas cosas más. Yo la vincularía con la filosofía y la práctica de la autogestión, pero ello es el tema de otro

libro. Este ensayo se ha propuesto tan sólo, pero no es poca cosa, mostrar la presencia de los afanes posesivos inherentes a mujeres y hombres en tres obras de teatro representativas e importantes que reflejan con elocuencia lo que acaece cotidiana y permanentemente en el cuerpo social.

2012